

Julianín, un caso de fidelidad.

Julián Ruiz Tejedor era el más pequeño de una familia numerosa. No vivía en el mismo pueblo donde estaba el Colegio, **Carrión de los Condes**, sino en otro bastante más pequeño y algo distante, **Itero seco**, desde el que se desplazaba cada día en autocar para asistir a las clases.

Itero Seco era un pueblo minúsculo pero tenía su aquel. Subido en páramo y a la sombra de una estación repetidora, a poco que te asomaras a poniente divisabas a tus mismos pies el **Valle del Ucieza** dónde estaba **Bahillo**, pero si te desplazabas hacia la salida del sol podías ver a vista de pájaro el gran surco que formaba el río **Valdavia** a su paso por **Bárcena**.

De **Itero** era Julianín y allí se sentía muy feliz y muy orgulloso de sus orígenes. A veces alguien le bromeaba con el apellido "Seco" de su pueblo, pero él, bien aleccionado, respondía que de seco nada porque allí nace un río, el **Vallarna**, que atravesando la carretera de Burgos a León, entre **Villaherreros** y **Villadiezma**, va a rendir su escaso caudal al río **Pisuerga**, aguas abajo de **Lantadilla**.

Julianín era un niño más bien bajito de estatura pero resuelto de ánimo y de disposición pronta y enérgica.

Rubio, con gafitas, con cara de pillo, parecía salido de una serie televisiva americana.

A Julianín le gustaba su Colegio. Más bien estaba enamorado de su Colegio. Era su lugar de encuentro con los demás niños porque en su pueblo no los había, excepto sus hermanos y hermanas que eran mayores que él. ¡Cómo latía su corazón cuando cada día en clase se sentaba junto a otro niño, de un pueblo acaso lejano en la distancia pero cercano en el pupitre!

Julianín era abierto, simpático, colaborador, activo, buen compañero y buen alumno. Se tenía ganado el respeto de todos porque, incluso cuando había que dar la cara por los amigos, allí estaba él aunque su rival le sacara toda la cabeza. Y aquello no le iba de balde, porque a veces cobró y además tuvo que soportar la chanza cariñosa de **Don Jesús Ángel**, un profesor muy joven que sabía del genio desgarrado de Julianín y le dedicaba algún comentario irónico un punto mortificante pero de buen tono, que el niño encajaba bien.

Cada día a las 8 de la mañana ya estaba en pie Julianín para desayunar y coger el autobús escolar. En pleno invierno aún era de noche.

Era un autocar pequeño y viejo. El modelo no daba para más. Rara vez corría a cierta velocidad y eso sólo cuando la prisa acuciaba y pillaba una cuesta abajo. Su propietario y conductor era **Pedro Díez**, de **Bahillo**, hombre aún joven, de buen carácter, bonachón y curtido en el trato con los niños. A todos apreciaba y conocía, así cómo a sus familias, una por una, desde **Villota del**

Duque hasta **San Mamés** que eran los pueblos extremos de la línea diaria de su vehículo, hasta Carrión y regreso, atestado de niños y niñas...y doblando ruta.

El **Señor Pedro** quería especialmente a Julianín y bromeaba con él: ¿Qué tal nos hemos levantado hoy, **Furia**? Lo de **Furia** le venía heredado de su hermano mayor a quién así pusieron en el cole por su fuerte temperamento.

El trajín diario de Julianín era más bien un no parar. Del autocar a clase, de clase al recreo, del recreo otra vez a clase y al comedor. Después de comer, con la digestión a medio hacer, entrenamiento deportivo precario en un patio atestado de niños, y con el resuello en el cuerpo otra vez a clase. La **E.G.B.** era dura y exigía.

La finalización de la jornada escolar era a las 5 de la tarde pero la vuelta a casa de nuestro héroe infantil se demoraba a no menos de las cinco y media porque a Julianín le tocaba el segundo turno de la línea y debía esperar a que Pedro regresara del primer turno de la ruta para que subiesen los alumnos de **Miñanes, Bahillo, Gozón de Ucieza, Villota del Duque e Itero Seco.**

Por fin en casa tras un viaje de media hora cumplida, con el día ya en retirada en los meses de invierno. Julianín llegaba exhausto y satisfecho. Era la hora del ordeño y al establo que se iba para trasegar un vaso de leche calentita, recién ordeñada por su padre.

Muchos días, ni de ver **Barrio Sésamo** en la tele tenía ganas. Cenaba ligero y a la cama. De un tirón dormía diez horas y el ángel de la fantasía velaba su sueño.

El día especial para Julianín era el sábado. No lo tenía fácil pero, ¡qué epopeya escribía cada fin de semana para su currículum de niño valiente y decidido! Los sábados eran los días dedicados a la competición deportiva, pero como ese día no funcionaba el transporte escolar, Julianín tenía que desplazarse en una vieja bicicleta los tres kilómetros hacia abajo que le separaban del **Bahillo,**

Allí dejaba la bicicleta en el corral de un amigo y esperaba al coche de línea, el **Aja**, que le llevaba a **Carrión**. Si aquel sábado el partido era en casa ya no había más movimiento que el viaje de regreso, pero si se jugaba fuera, cosa que era alterna, allí veríais a Julianín y a los de su equipo en danza, provincia arriba o abajo, destruyendo paralelos geográficos a bordo de un viejo autocar frío y renqueante, con la ilusión por bandera, a jugar contra los niños de otros pueblos, a hacer nuevos amigos aunque rivales deportivos, otros Colegios, otros pueblos, otros maestros. Así fue como Julianín conoció **Guardo, Aguilar, Cervera,** la propia capital, **Palencia; Venta de Baños, Villamuriel** y otros pueblos más pequeños.

Se perdiera o se ganara, Julianín y los suyos regresaban al centro de la provincia con un escaso refrigerio y siempre con la moral intacta. A veces llegaban tan tarde que, Julianín, con el corazón en un puño y a toda carrera volvía a coger el **Aja** que le dejaría en **Bahillo**. No siempre llegó a tiempo pero nunca faltó un alma caritativa que le ayudara.

Recuperada la bicicleta y, ahora cuesta arriba, recorría los tres largos kilómetros hasta llegar a su casa, muerto de cansancio pero satisfecho. Había merecido la pena. Julianín sólo tenía 11 años pero contaba con el permiso y la

confianza de su familia y sobre todo con su inquebrantable ilusión y voluntad.

Un día, no se sabe muy bien cómo, al padre de Julianín le convencieron de que el niño estaría mejor interno en un Colegio de la capital. Julianín no quería ir ni en bromas pero la insistencia de su padre y algunas promesas tentadoras para el próximo verano (playa en **Santander** nada menos) dieron con él en la capi. Comenzó el nuevo curso. No habían llegado las Navidades y Julianín un día se escapó a la cabina telefónica más próxima:

-“Papá, los hermanos me quieren mucho y yo a ellos, me tratan muy bien, estoy contento pero no sé como decirles ni a ellos ni a ti que yo quiero volver a mi Colegio. Echo mucho de menos a mis amigos, a mi casa y a mi vaso de leche, que aquí la que dan es de cartón”.

Pero hijo, no me hagas esto ahora, le contestó apurado su padre. Espera al menos a que acabe el curso.

Julianín respetó la indicación de su padre y aguantó lo que le quedaba de curso pero en septiembre, regresaba a su Colegio de toda la vida.

Yo no sé que ha sido de Julianín. Le he perdido la pista. Alguien vagamente me dijo que su familia había emigrado a Asturias.

Esté donde esté me lo imagino hombre íntegro, ya cumplida la madurez de la vida, de voluntad indomable y con un corazón muy grande.

Jesús Luis Pérez Sánchez